

CAPÍTULO I

INTRODUCCIÓN: EL PROBLEMA PLANTEADO

El Cristiano está en el mundo, pero no es del mundo. Esto constituye la base del perenne problema involucrado en la discusión de la cultura Cristiana. Debido a que los creyentes no son del mundo, siempre ha habido muchos Cristianos que han asumido una actitud negativa hacia la cultura. Ellos entienden que el llamado Cristiano consiste exclusivamente en proclamar la salvación por medio de Cristo a los hombres perdidos en un mundo moribundo. Únicamente miran ese mundo agonizante como yaciendo bajo la sentencia de muerte y de juicio final. Otros, habiendo aceptado con entusiasmo la declaración Paulina, “todo es vuestro,” enfatizan el hecho que los creyentes tienen un llamado cultural aquí y ahora para sojuzgar la tierra como miembros de la raza humana. También se regocijan en el hecho de que tienen tanto en común con todos los hombres, culturalmente hablando, de manera que pueden juntos disfrutar las cosas que son hermosas y van tras aquello que es bueno. Así, y primero que todo, hay un conflicto entre los Cristianos con respecto a su actitud hacia la cultura.

El problema de la relación apropiada

del Cristianismo para con la cultura se complica aún más por las aseveraciones católicas [universales] de la iglesia. Como resultado, aparece una segunda área de conflicto, la iglesia versus el mundo. El pueblo de Dios siempre ha confesado, sobre la base de la proclamación de la Palabra, la catolicidad de la iglesia y del reino, a decir, las afirmaciones universales del Evangelio y su finalidad para todos los hombres como criaturas de Dios. Pero, frente a esto, surge el hecho de que “el mundo entero está bajo el maligno” (I Juan 5:19) y está sujeto al príncipe de este mundo, Satanás (Juan 14:30; 16:11), quien es el “dios de este siglo” (II Cor. 4:4). Y el mundo no conoce a Dios, ni a los hijos de Dios (I Cor. 1:21; Juan 17:25; I Juan 3:1, 13) sino que odia a los hijos de Dios (Juan 15:18-19; 17:14). Por lo tanto, el mundo debe ser resistido y vencido en fe por los seguidores de Cristo (I Juan 2:15-17; 5:4).

Lo que es más, el Cristianismo es definitivamente la religión de llevar la cruz y de esta forma, está nuevamente en oposición con el mundo. Pablo incluso habla del mundo como habiendo sido crucificado a él

y él mismo siendo crucificado al mundo a través de Jesucristo (Gál. 6:14). Jesús llamó a los pecadores al arrepentimiento, convocando especialmente a los pobres y necesitados, publicanos y pródigos. Y sus palabras de advertencia son proferidas contra aquellos que confían en las riquezas o en cualquier otro logro cultural. El apóstol Juan advierte contra las seducciones de este mundo presente, la codicia de los ojos, la lujuria de la carne y el orgullo de la vida, pues aquel que ame así al mundo, el amor del Padre no está en él (I Juan 2:15-17). Santiago designa a aquellos que son amigos de este mundo como adúlteros. “Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios.” (Santiago 4:4). El *mundo*, contra el cual el Nuevo Testamento advirtió a la iglesia primitiva, estaba por siempre afectando la conciencia del Cristiano. El Cristiano no podía cerrar sus ojos y su mente a la cultura Greco-Romana de su día, con sus anfiteatros y arenas, su Panteón y su Partenón, sus foros y templos, su Estoicismo y Epicureanismo. Considere el testimonio de Pablo en Listra y especialmente su discurso en la Colina de Marte. Entre los Griegos existía la apreciación estética por el hermoso cosmos. El suyo era un amor puramente pagano del cuerpo y la defensa de sus lujurias era vista como legítima. Además, existía también la glorificación de la mente como divina (Platón), expresada de manera idealista en el ideal de un alma bella en un cuerpo bello. Sin embargo, había una depreciación última de la materia y del cuerpo, y de los pecados de ellos, debido a la prioridad de la Idea. Así, la cultura Helenista se alzaba en fuerte contraste y oposición a los estándares del Evangelio, que demandaba la sujeción del cuerpo, la crucifixión de la carne, junto a la resurrección última del

cuerpo y en consecuencia, una apreciación del significado de sus pecados presentes. Es más, en contraste con el ideal aristocrático Griego, los apóstoles requerían el trabajo honesto por parte de todos de manera que la caridad pudiese ser extendida a todos los hombres, pero especialmente para que los de la casa de la fe no sufriesen necesidad. De esta forma, la dignidad y la seriedad eran nuevamente extendidas al mundo material que el pensamiento Griego consideraba de manera superficial y amoral.

Sin embargo, también había otro lado del cuadro presentado por el Cristianismo mismo, y uno que es prominente en las Sagradas Escrituras. El mundo, estando bajo el maligno, es el objeto de la gracia de Dios y como su creación es salvable. Dios envió a su Hijo al mundo no para condenar al mundo, sino para que el mundo pudiera ser salvado a través de Él. El cosmos, como la gloriosa obra manual del creador, quien es Señor del cielo y de la tierra, es redimible. “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (II Cor. 5:19). Cristo, quien es la luz del mundo (Juan 1:12), es también su Salvador (Juan 4:14), el cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Juan 1:29). Pues Él fue hecho “la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (I Juan 2:2). Por medio de Cristo todas las cosas son reconciliadas con el Padre (Col. 1:20) de manera que finalmente los reinos de este mundo se convierten en los reinos de nuestro Dios y de Su Cristo (Apoc. 11:15). Pues habrá un nuevo cielo y una nueva tierra en los que morará la justicia (II Pedro 3:13), y el tabernáculo de Dios estará con los hombres, “y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios.

Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Apoc. 21:3-5).

Tal es el lenguaje hermoso, poético y exaltado con el cual la catolicidad del Cristianismo se expresa en la Escritura.¹ Aunque el pecado es reconocido como universal, y la muerte pasó de Adán “a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Rom. 5:12) la gracia de Dios es más abundante, “porque si por la transgresión de aquel uno murieron los muchos, abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo” (Rom. 5:15). Y, “mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia” (v. 20). Esto no debe interpretarse a la manera del universalismo, como si ahora todos serán salvados quieran o no por medio de la abundante gracia de Dios a través de Cristo.² Sin embargo, la gracia de Dios restaura a los hombres, a decir, aquellos que se vuelven participantes de Cristo por medio de la fe, a su prístino oficio de profeta, sacerdote y rey, hacia la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, nos limpió de todo pecado. Pero el Evangelio no solo promete un alma purificada. El cuerpo también será resucitado y restaurado, pues Cristo tomará nuestros cuerpos viles y lo hará como su cuerpo glorioso por aquel poder por el cual Él es capaz de sujetar todas las cosas a Sí mismo (Fil. 3:21).

1. Por esta sección completa de la catolicidad de la iglesia estoy en deuda con el brillante discurso rectoral del Dr. H. Bavinck, pronunciado en la Escuela Teológica de las Iglesias Reformadas de los Países Bajos en Kampen, 1888: *De Katholiciteit van Christendom en Kerk* (Kampen, 1888).

“Ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (I Juan 3:2). Entonces descenderá la Nueva Jerusalén, aquella perfección de arte arquitectónico y excelencia moral (nadie entrará que haga o ame la mentira) entre los hombres, y todas las canciones de los redimidos serán sinfonías.

Pero este no es el cuadro total de la redención. La expectativa de la gloria futura y el gozo de la redención completa tiene su contraparte aquí y ahora en sus implicaciones para la vida presente del creyente. Pues Juan añade que los hijos de Dios que tienen la esperanza de ver a su Señor se purifican a sí mismos así como él es puro (I Juan 3:3). Los Cristianos son llamados a la santidad y han de estar involucrados activamente en la auto-purificación. Ellos han de caminar en buenas obras, las cuales han sido preparadas de antemano, a lo cual han sido llamados (Efe. 2:10). ¿Pero cómo es posible visualizar esta actividad de los creyentes fuera de su cultura? ¿Está la santidad quizás restringida a la vida del alma? ¿O son la santidad y la purificación

2. Cf. H. Richard Niebuhr, *Cristo y Cultura* (New York, 1951), p. 208, quien deplora la insistencia de Agustín sobre la predestinación como si esta fuese una retirada de la doctrina que dice que Cristo es el transformador de la cultura. También la doctrina de la predestinación de K. Barth en la que todos son reprobados y también elegidos (cf. *Kirchliche Dogmatik*, II, 2, Zollikon-Zurich, 1942), en la que la reprobación nunca es final, pues la ira de Dios ha caído sobre Jesucristo, de allí que los hombres no puedan llegar al extremo de la separación final de Dios (II, 2, pp. 381-85).

un asunto meramente del culto? Plantear tales preguntas es contestarlas, puesto que los Evangelios y las Epístolas insisten en todas partes que los hombres serán conocidos por sus frutos, que la fe sin obras es muerta, que la calidad de la conversión de un hombre puede ser probada solamente por la pureza de su vida.

En la temprana iglesia post-apostólica estos dos lados de la verdad no siempre fueron mantenidos en balance. La iglesia era, en realidad, pequeña y sin fuerza, despreciada por un mundo hostil. Debido a la fuerte persecución y a la expectativa del pronto retorno de Cristo para redimirlos del poder de sus enemigos, estaban profundamente conscientes de la antítesis con el mundo. La cultura pagana era vista como una obra del diablo, de manera que los creyentes, en la batalla desigual por permanecer puros en una sociedad impura, rechazaron no solamente el circo y la arena, sino también la ciencia y la filosofía. Aunque el matrimonio no era condenado, el estado de no casado era considerado preferible, y la tendencia hacia el ascetismo era inconfundible. Esto vino a expresarse de forma marcada cuando Constantino proclamó la Cristianización del imperio, lo que hizo mundial a la iglesia, pero por causa de lo cual muchos creyentes de mente seria se retiraron del mundo. Movimientos tales como los Montanistas, los Novacionistas y los Donatistas testificaban contra la creciente ola de mundanalidad, pero no se les prestó atención. Esto era debido, en parte, a su énfasis de un solo lado pero también a la creciente mundanalidad de la iglesia. La iglesia tuvo éxito en convertirse en una iglesia mundial, contestando así superficialmente, al menos, a sus afirmaciones católicas, pero en el proceso se perdió su santidad

y unidad. Sin embargo, otorgó, por vía de concesión, el derecho de existencia al ascetismo y al monasticismo dentro de sus paredes, con la condición que los separatistas no reclamaran ser la única iglesia verdadera. El resultado fue que la antítesis cualitativa entre la iglesia y el mundo, lo santo y lo no santo, desapareció y se cambió en un rasgo cuantitativo de Cristianismo bueno y Cristianismo mejor. En consecuencia, el “mundo” perdió la connotación ética que conlleva en la Escritura, a decir, su rebelión y separación de Dios, y se convirtió simplemente en la esfera secular por fuera de la iglesia.

El mundo en esta perspectiva no es corrupto debido a la caída de Adán, sino que simplemente ha perdido la *donum superadditum*, el don sobrenatural de la gracia de Dios, ahora suplido por la iglesia, en cuya custodia se hallan los canales de la gracia. La naturaleza como creación no está caída ni es malvada sino solamente es la segunda mejor. El Cristianismo es algo añadido piramidalmente a lo natural, pero no entra en la vida como la levadura para transformarlo. La teología natural nos enseña acerca de Dios el Creador, el Proveedor y el Juez (ciertamente Platón y Aristóteles llegan hasta aquí) pero la Escritura es necesaria para conocer a Dios en la faz de Jesucristo. De esta forma Roma, que reclama para sí misma el apelativo de “Católica,” ha cambiado la catolicidad del Nuevo Testamento, que purifica y santifica el todo de la vida como su dominio propio, y ha colocado en su lugar un dualismo, que separa lo sobrenatural de lo natural. La salvación permanece siempre al lado de o por encima de lo natural, pero no entra en ello para transformarlo; la creación y la re-creación permanecen como dos entidades sepa-

radas. De esta forma se alcanza un compromiso entre lo natural y lo sobrenatural, entre el cuerpo y el alma, el mundo y la iglesia, el saber y el creer, la mortalidad y la religión. El Catolicismo Romano es el gran sistema de complementación, que provee el marco para este compromiso. La imagen de Dios complementa a una naturaleza neutral (algo como la idea pagana del *anima rationale*, el alma racional); las exhortaciones evangélicas complementan los preceptos morales comunes a toda la humanidad; la tradición complementa a la Escritura. La iglesia es la esfera de la religión, el mundo es el área de lo profano. Puesto que los miembros de la iglesia no pueden vivir en este mundo sin moverse en la esfera secular, se hace un intento para traer todo lo secular bajo el paraguas de la gracia manejado por la iglesia, para asegurar la salvación de sus miembros desde el vientre hasta la tumba, por el bautismo, la confirmación, la eucaristía, la penitencia, las órdenes, el matrimonio y la extremaunción.

La Reforma Protestante no buscó meramente limpiar la iglesia y liberarla de los errores doctrinales, sino que también buscó la restauración del todo de la vida. Esto conllevaba liberar la vida natural del hombre y las varias esferas en la sociedad del señorío de la iglesia. Mientras el Humanismo era un intento por proclamar la libertad del hombre de Dios y de toda autoridad, enfatizando la autonomía versus la heteronomía, los Reformadores estaban unidos en su pasión por la libertad para el hombre Cristiano, lo que significaba servicio sujeto a la Palabra del Señor. Solamente Cristo era considerado Señor de la conciencia. Para los Reformadores lo natural era santo lo mismo que lo espiritual, y la obra

del Padre en la creación era considerada de igual significado como la del Hijo en la redención. Cristo era para ellos un Redentor cósmico, aquel a través de quien todas las cosas son restauradas para con el Padre. Pues Dios amó tanto al *mundo*, este cosmos creado, que dio a su único Hijo (Juan 3:16). Los Reformadores eran partidarios de un Cristianismo sensato, saludable y robusto; no eran ellos ni excéntricos ni seres extraños, ni les era extraña alguna cosa humana. En realidad, tomaban el pecado más seriamente que la iglesia medieval, creyendo que todo el hombre había sido corrompido por la Caída y que el mundo estaba bajo maldición por causa del pecado. Sin embargo, no cometieron el error de condenar las cosas naturales como si fuesen impuras; creían en la restauración, la purificación y la consagración de lo natural, no en su negación o castigo. Por medio de la Reforma la relación mecánica de la naturaleza y la gracia fue suplantada por una relación ética, de manera que la restauración de la ley de Dios en todas las esferas de la vida se convirtió en el punto de interés del creyente.

Trágicamente, la Reforma no estaba unida en todos estos asuntos relacionados con la cultura, sino que se hizo aparente una grave inconexión. Por un lado, los Anabaptistas, en su búsqueda de salvación personal y de inmunización contra el mal se mostraron apasionados por erigir un reino de Dios sobre la tierra totalmente separado del mundo. Por otro lado, Lutero les dijo a sus discípulos que Cristo no había venido a cambiar alguna cosa externamente sino solamente a cambiar los corazones de los hombres. Para él, el Evangelio no tenía nada que ver con asuntos mundanos y el creyente no necesita el Espíritu Santo para cosas tan naturales como los negocios.³ De

esta forma Lutero pone límites al poder del Evangelio y minimizó la gracia de Dios. La re-creación permanece al lado de la creación, puesto que solamente la vida interior del hombre es cambiada por el Evangelio. Este típico dualismo Luterano ha continuado en Alemania hasta el día actual, siendo Barth y Brunner sus más elocuentes representantes.

Calvino, sin embargo, vio más claramente que la religión y la cultura no pueden ser separadas sin sufrir pérdida. Para Calvino, la gracia no era una complementación de la naturaleza como en el Catolicismo, no meramente un poder espiritual al lado de la naturaleza dejando a esta última intacta, sino que para él la salvación era la renovación del todo del hombre y la restauración de todas las obras de Dios. Al mismo tiempo, nadie podía acusar a Calvino de optimismo cultural, pues las virtudes negativas de llevar la cruz y la auto-negación reciben en verdad amplio énfasis en su exposición de la responsabilidad del Cristiano en este mundo.⁴ Pero mientras la Reforma Alemana fue principalmente una restauración de la verdadera adoración y del oficio del ministro, Calvino buscaba la restauración de toda la vida, en el hogar, la escuela, el estado y la sociedad. Para Lutero la Biblia era en verdad la fuente de la verdad de la salvación, pero para Calvino la

Escritura era la norma para toda la existencia.

No es necesario presentar una historia de la batalla del Cristianismo versus la cultura o de la relación entre el Cristianismo y la cultura tal y como es concebida por los grandes pensadores dentro de la iglesia.⁵ El objetivo de este libro está más bien restringido a la consideración de la crisis cultural contemporánea a la luz de la vocación del Cristiano de amar a Dios con todo su corazón, alma, mente y fuerzas. Las crisis culturales registradas en las Santas Escrituras fueron siempre el resultado de la apostasía. Veamos el tiempo de los jueces, cuando no había rey en la tierra y cada hombre hacía lo que consideraba bueno en su propia opinión. Israel fue tan reducido que no tenía armas de guerra; no había espíritu para pelear por la libertad. Pero la verdadera causa de esta degradación cultural fue el alejamiento del servicio a Dios (cf. Jueces 17-21; I Sam. 2:12-36). Una referencia a la cautividad Babilónica en realidad está de más, y la decadencia cultural en los tiempos de Cristo estuvo asociada con el Fariseísmo y el legalismo. Que la nuestra es una religión de crisis, lo

3. H. Bavinck, *op. cit.*, p. 30, quien cita a Lutero, "Christus ist nicht gekommen, das er ausserlich etwas andere, sondern dass der Mensch inwendig in Herzen anderswerde. Mit weltlichen Sachen hats (das Evengelium) nichts zu thun... Christus will jederman bleiben lassen; allein wer vorhin dem Teufel gedienet hat, der soll forthin ihm dienen."

4. *La Institución de la Religión Cristiana*, III, Caps. 6-10.

5. Cf. Niebuhr, *op. cit.*, quien provee una excelente reseña de la relación del Cristianismo con la cultura en la historia de la iglesia. También el análisis filosófico de Emil Brunner de un gran número de aspectos culturales desde el punto de vista de su relación con el Cristianismo en su obra *Cristianismo y Civilización* (New York, 1948), 2 vols. También existe una magnífica obra en cinco volúmenes sobre la historia cultural del Cristianismo producida por los esfuerzos combinados de eruditos Holandeses, tanto Protestantes como Católicos: *Cultuur Geschiedenis van het Christendom* (Amsterdam & Bruselas, 1950).

mismo que una religión cultural, ha sido brillantemente presentado por Emil Brunner en las Conferencias Gifford de 1947 en la Universidad St. Andrews, publicadas bajo el título: *Cristianismo y Civilización*.

Es la presuposición del presente autor de que lo que fue bueno en la cultura Greco-Romana fue salvado por el Cristianismo en un punto cuando esto bueno estaba amenazado con la decadencia y la disolución en la plenitud del tiempo. Cristo salvó verdaderamente al mundo, incluyendo la cultura humana. Él inyectó nueva vida, nueva sangre, nueva vitalidad en la corriente de vida de la humanidad. Cristo hizo completo al hombre, redimió los agentes culturales, transformando también así la cultura. Es más, la Reforma Protestante fue la más grande revolución en la historia humana desde la introducción del Cristianismo. Este también llegó en un tiempo cuando la cultura estaba en crisis, y le dio a Europa un nuevo vigor. Y fue el Calvinismo el que salvó a la Reforma, el que la hizo efectiva en Europa Occidental y en América. El Calvinismo tuvo el coraje, en contraste con el Arminianismo y el Catolicismo, para mantener el consistente carácter sobrenatural de las Escrituras Cristianas, es decir, de confesar el Cristianismo en su forma más pura, sin compromiso.⁶ Al hablar de cultura, la forma adjetival del término "Calvinismo" se usa con el propósito de dirigir la atención del lector desde el principio a una formulación específica del Cristianismo, puesto que este

último término ha perdido bastante significado en nuestro día. Si el Neonaturalismo de la Escuela de Divinidad de Chicago pasa por Cristiano, o si el credo del Dr. Littlefair de la Iglesia Bautista de la Calle Fountain en Grand Rapids, Michigan, puede llamarse Cristiano, entonces el término ha perdido toda connotación histórica y uno tendrá, preferiblemente, que identificarse en el principio. De más está decir, además, que el adjetivo no es un genitivo, no indica la fuente de una cultura dada, sino que es cualitativo, indicando aquí la naturaleza de la cultura bajo discusión.

Es imposible en una obra como esta presentar una metafísica y una apologética completas del Calvinismo como sistema de pensamiento. Estas son asumidas como opciones vivas para la mente contemporánea Occidental: El postulado imposible del Positivismo, a decir, una neutralidad metafísica, es aquí rechazado, puesto que la neutralidad es en sí misma una "especie de metafísica escéptica" (cf. Brunner, *op. cit.*, Vol. II, p. 24). Ningún hombre, científico o cualquier otro, puede operar sin presuposiciones (*Es gibt Kein Voraussetzunglosigkeit*) y las presuposiciones del presente autor son expresadas en la cosmovisión Calvinista. Lo que se entiende por el término "Calvinismo" será presentado en la Parte Uno junto con una definición tentativa de cultura. La primera sección del libro cierra con una discusión de la relación entre la religión y la cultura y los efectos de la Caída.

La segunda parte de este libro presenta una orientación histórica de la concepción Calvinista de la cultura tal y como es presentada por Agustín, Calvino, Kuyper y Schilder, sobre la base de su entendimiento

6. B. B. Warfield, *El Plan de Salvación* (Grand Rapids, 1925); también, H. Bavinck, "Openbaring en Cultuur," en *Wijsbegeerte der Openbaring* (Kampen, 1908), pp. 207-32.

de la Escritura. Los últimos dos son ambos representantes del Calvinismo Holandés, y por tanto tienen particular relevancia para la comunidad Reformada. Pero debido a su pensamiento germinal sobre el problema de la cultura, puede ser de verdadero valor una introducción de su pensamiento al estudiante promedio Americano y al laico interesado, puesto que la barrera del idioma es más bien desalentadora lo mismo que lamentable.

Finalmente, la tercera sección del libro busca alcanzar algunas conclusiones, sobre la base del estudio histórico y de la información de la Escritura, con respecto a la responsabilidad cultural de los creyentes sobre la base de su relación pactal con Dios en Jesucristo. El autor está grandemente preocupado por el surgimiento alarmante, incluso en círculos Reformados de hoy, de la retirada pietista del mundo y por la negación Anabaptista del llamado cultural Cristiano. Dada que el mandato misionero de la iglesia, dado en la gran comisión, debiese ser su principal interés, ¿cómo se muestra el creyente como un recluta de Jesucristo en su vocación diaria? ¿Tiene el discípulo del siglo veinte el derecho a descartar el mandato cultural, dado dos veces a la raza humana por Jehová mismo? ¿Estamos justificados de entregar el mundo y la cultura en las manos de los enemigos de Dios? ¿Qué es el mundo? ¿Cómo se ajusta la gracia común dentro del cuadro? ¿Cómo debemos pensar de la antítesis en conexión con la cultura? ¿Qué tan lejos se extiende el Reinado de Cristo? ¿Es el evangelio adverso a la cultura, o define éste el verdadero fin del hombre? Si es así, entonces el hombre completo debe buscar el bien, definido como tal por la voluntad de Dios. ¿No debiese la obligación del hombre convertirse en su gozo? ¿No ha

de ser asumida su tarea como un privilegio? ¿No cumple el amor la ley y libera así al hombre para disfrutar la libertad de los hijos de Dios?

Otro mal que está amenazando a la iglesia es simplemente una repetición de la gran tragedia histórica que siguió a la proclamación de Constantino (*vide supra*). Están aquellos que meterían el mundo dentro de la iglesia y otros que meterían la iglesia en el mundo. Por un lado, se derriban las barras y no se mantiene el reinado absoluto de Cristo. Las personas que no renunciarían con juramento a cualquier otra alianza son, sin embargo, recomendados para la membresía en la iglesia. Pero Juan el apóstol hace pública una severa advertencia contra aquellos que niegan que Jesucristo ha venido en la carne, como es el caso con los Masones y otros Modernistas, diciendo que pertenecen al anticristo. Hay una tendencia en boga por reducir los requerimientos para la membresía de la iglesia a aceptar a Cristo aparte de la cultura Cristiana. Por otro lado, el optimismo cultural resulta en pretensiones extravagantes por las bendiciones de la gracia común que se supone han de ser disfrutadas promiscuamente y sin diferencia con el mundo. En esta escuela de pensamiento es ensalzada la virtud de la razón y su cualidad de producir cultura. Se nos dice que es la razón, lo que distingue al hombre del animal, la que produce cultura, lo que vincula al hombre con lo divino.

La escuela Idealista pone su fe en la actividad espiritual del hombre. Cree que la razón como tal eleva al hombre y le da una afinidad divina con los hombres de mentalidad amplia quienes producen nuestro arte y nuestra ciencia. Es también culpable de la

ilusión de que la razón como tal producirá la verdad y la bondad y le dará al hombre dignidad y libertad. Olvida que la actividad espiritual como tal, y también la razón, pueden ser empleadas tanto para fines diabólicos como para fines piadosos. “El principio del humano verdaderamente bueno, de la bondad y la verdad es más alto que la razón. No yace dentro de la esfera de lo formal, no en un *aquello*, sino en un *qué*, no en la posesión y uso de poderes espirituales, sino en el uso correcto, en la relación correcta, en la decisión correcta, en aquella auto-determinación que es acorde con la voluntad de Dios.”⁷

rifique a Dios o una cultura que le desafíe. La tesis de este libro es que si confesamos conocer a Dios en la faz de Jesucristo, si por gracia hemos dicho, “en tu luz veremos la luz,” entonces no podemos tener verdadera comunión con la cultura impía y apóstata de nuestro día, aunque debemos asociarnos con los hombres del mundo. Ciertamente, estamos en el mundo pero no somos del mundo.

La cultura, entonces, no es el criterio de nuestra humanidad, y los logros culturales no restauran al hombre a su verdadero fin, vea a los hijos de Lamec supliéndole a su padre de los instrumentos para la autoglorificación. Los hombres han de volverse nuevas criaturas a través de Cristo (II Cor. 5:21) con el propósito de recobrar la verdadera perspectiva humana, de aquello que es verdadero, bueno y bello. La cultura, entonces, puede ser o impía o piadosa, dependiendo del espíritu que la anima. El pecado no ha destruido la relación que como criatura el hombre tiene con su Hacedor, quien le hizo una criatura cultural con el mandato de poblar y sojuzgar la tierra. El pecado no ha destruido el impulso cultural en el hombre para regir, puesto que el hombre es un portador de la imagen del Soberano de cielos y tierra. Tampoco el pecado ha destruido el cosmos, el cual es el taller y el patio de recreo del hombre. Así pues, la cultura es un deber para los portadores de la imagen de Dios, pero será o una demostración de fe o una de apostasía, o una que glo-

7. E. Brunner, *op. cit.*, I, p. 69.